

Sr. Rector Dr Ennio Vivaldi, autoridades universitarias, amigos, colegas, discípulos, querida familia

“...Educar es un proceso doble: estimula el desarrollo de las capacidades, aptitudes y vocaciones latentes y, al mismo tiempo, encauza su ejercicio para que sirvan a la conservación y fomento de aquellos valores éticos e intelectuales que, en la presente etapa de su evolución, la sociedad estima como los ‘mejores’¹...”

Este párrafo de Amanda Labarca en *Bases para una política educacional*, expresa lo que siempre he querido hacer como académica de la Universidad de Chile.

Recibir este premio es para mí la culminación de mi quehacer universitario, no sé si lo merezco, pero sí sé que me ha hecho profundamente feliz. El nombre de este premio recuerda a la gran académica, que dedicó su vida a lograr un anhelo, como lo dice también en *Bases para una política educacional*: *“Anhelamos el advenimiento de un mundo de menores crueldades, perversiones, injusticias y tragedias. Tal nos parece la meta de la humanidad, tal el sentido de la cultura, tal el de la educación, porque ésta ha de ser aprendizaje y preparación para la vida superior”¹*

Su lucha incansable por la educación y los derechos de la mujer es una que aún continúa y su ejemplo nos refuerza la necesidad de obtener finalmente la igualdad entre los seres humanos y entre hombres y mujeres.

Como anécdota del compromiso republicano de Amanda Labarca, una calle peatonal de la comuna de Santiago lleva su nombre. Ubicada entre Amunátegui y Teatinos, durante 36 años llevó el nombre de "Lorenzo Gotuzzo" en homenaje al ministro de Hacienda de Augusto Pinochet. Pero el 6 de marzo del 2016 la Presidenta Michelle Bachelet hizo justicia y le restituyó su nombre, pasando a llamarse "Calle Profesora Amanda Labarca".

En lo que amí concierne, nací en Cauquenes, ciudad situada a 406 kilómetros de Santiago, en una zona que fue habitada por la tribu mapuche denominada Cauquenes, como lo consignó Alonso de Ercilla en su obra La Araucana, grupo

que adoptó su nombre del cauquén, ave que habitaba de manera abundante la zona y otros lugares de América del Sur. La ciudad de Cauquenes fue fundada en 1742 por José Antonio Manso de Velasco, en terrenos ubicados entre los ríos Tutuvén y Cauquenes, que el cacique Ascensio Galdames y su esposa, donaron al reino español. Si actualmente tiene 30.000 habitantes, en la década del 40, cuando nací, no eran más de más de 20.000.

Allí, en ese contexto, el papel de la mujer estaba relegado a la maternidad y los quehaceres del hogar. Después de dos hermanas mujeres, yo tenía que ser hombre y hasta tenía nombre, Eduardo; por suerte el cuarto hijo fue hombre y eso me permitió recuperar mi nombre. Afortunadamente mi padre era un adelantado a su época y en mi hogar no había diferencias, lo único que valía era la argumentación lógica, la cual nos estimulaba permanentemente. Mi madre, que enviudó a los 47, años tuvo la fuerza para sacar adelante toda la familia y fue un ejemplo que siempre me ha guiado. La exigencia mínima para todos nosotros era aprobar el Bachillerato y debo decir que el Liceo de Niñas Claudina Urrutia de Cauquenes, donde me eduqué, permitía salir airoso de ese desafío. Curiosamente, de ese Liceo proviene también otra académica con la condecoración Amanda Labarca. Se trata de Carmen Luz de la Maza, Decana de Ciencias Forestales, segunda mujer en Chile que se tituló de Ingeniero Forestal y la primera profesional de esa área en trabajar en la Facultad de Ciencias Forestales de nuestra Universidad.

La primera vez que me sentí discriminada por ser mujer fue cuando postulé a Medicina y no quedé aceptada porque el cupo para mujeres era solo de 20; ello fue un aliciente para volver a postular, esta vez en forma exitosa, aun cuando se mantenía el cupo de 20.

Probablemente ello me estimuló a no bajar la cabeza y me fortaleció para que nunca aceptara que por ser mujer no tenía los mismos derechos que los hombres.

Desde que ingresé a la carrera, me interesó la salud pública, porque mi mayor anhelo fue siempre trabajar para mejorar la salud de la población. En

ese contexto obtuve una beca de salud pública y al recibirme, me involucré no solo en la docencia sino en la atención primaria de los adultos en el Área Norte, donde trabajé con el Dr. Pedro Santander en los Consejos Locales de Salud, organización inédita en que la población participaba en la conducción de la atención primaria de salud. Ello me costó ser destituida por la dictadura en 1973, pero en 1979, mi amigo Francisco Mardones, sin temor a represalias, me invitó a trabajar con él en el INTA, en un proyecto de comedores infantiles. Quiero destacar aquí la acogida que el Dr Fernando Monckeberg, no solo me dio a mí, sino a un grupo de académicos que estaban en una situación similar, dándonos todas las facilidades para nuestro quehacer. Volver a la Universidad, después de 6 años de destierro de la Academia fue para mí algo maravilloso; es en esta Universidad donde he logrado gran parte de mis sueños. Para mí es la única!

No puedo decir que mi vida académica posterior no haya estado exenta de problemas; cuando volvió la democracia y pude postular a postgrados en el extranjero, la primera respuesta fue que desgraciadamente ya era *“too old”* para obtener una beca, pero cuando les dije que para mí fue imposible acceder a perfeccionamiento de postgrado durante la dictadura, me abrieron las puertas y pude completar mi formación primero en la universidad de Padova y luego en la Universidad Erasmus de Rotterdam.

El INTA ha sido mi segundo hogar, un lugar donde me siento acogida y querida por todos; es ahí donde he tenido la libertad para trabajar en lo que me gusta, primero en los 90, en líneas paralelas en obesidad y envejecimiento para después hacer converger estas líneas a partir del 2000.

Ahí además hemos podido crear programas adecuados a las necesidades del país, como fue el primer diplomado a distancia en geriatría y gerontología que se impartió en 2000/2001 y luego crear junto al Dr Bunout el primer Magister en Envejecimiento. Agradezco a la vida trabajar en lo que me apasiona, pero debo decir que, sin el apoyo de mi familia, jamás lo habría logrado; ellos han sido mi mayor apoyo, siempre estimulándome a seguir adelante con un amor incondicional. Mis padres me dieron las primeras

herramientas pero mi marido, mis hijos y mis nietos me han permitido y estimulado a la adquisición y uso de nuevas.

Agradezco a las autoridades de la Universidad y del INTA por esta condecoración, en especial al Señor Rector, con quien me une una amistad y cariño de muchos años. Agradezco al resto de mis compañeros de trabajo, que no voy a mencionar, porque cada uno de ellos sabe cuánto y cómo los quiero, y estoy segura de que ellos valoran muy bien el aprecio y cariño que les tengo y lo importantes que han sido en mi vida. Un recuerdo especial a mi hermano Alejandro, quien si hubiese podido estar presente, estoy seguro sería el más feliz y orgulloso de todos.

Muchas Gracias!!

¹ Labarca, A. (1944). La educación como función social. En *Bases para una política educacional* (pp.9-18).